

# El Pragmatismo de William James y su Concepción Acerca de la Verdad

MIGUEL DA COSTA LEIVA

Numerosos filósofos a través de la historia pueden ser considerados bajo este rótulo; sin embargo, se acostumbra reservar el vocablo “pragmatismo” específicamente para aquel movimiento filosófico que surgió a fines del siglo pasado, especialmente bajo la inspiración de Charles Sanders Peirce, quien en enero de 1878, a raíz de un artículo titulado “How to make our ideas clear”, en la revista *Popular Science Monthly*, utilizó este término para definir la índole de su doctrina. Esta se desarrolló posteriormente con gran auge en Estados Unidos y algunos países de Europa. Al primero pertenecen William James y John Dewey. En Inglaterra se destacan F. C. S. Schiller y en Italia Giovanni Papini en su primera época; en Alemania W. Jerusalem. Hay quienes sostienen que el pragmatismo es la más genuina filosofía norteamericana y que su nacimiento se remonta al “Metaphysical Club” existente en Boston en los años 1871-1874 y al cual pertenecieron los fundadores de la doctrina, entre otros, W. James, Ch. Peirce, Chauncey Wright, F. E. Abbot, etc. Este movimiento filosófico adquirió posteriormente significativas direcciones —algunas contrapuestas entre ellas mismas— con proyecciones que aún se pueden palpar en el pensamiento filosófico de Norteamérica.

El pragmatismo de William James —para circunscribirlo específicamente a un autor— se caracteriza principalmente por su especial preocupación por el problema de la verdad, dentro del cual se articulan las principales premisas de su filosofía. A partir de su teoría de la verdad, el pragmatismo llega a convertirse en una doctrina ética y también axiológica.

El pensamiento de James se encuentra expresado en numerosas de sus obras pero, sin embargo, su dirección principal acerca del pragmatismo lo constituyen las ocho conferencias que pronunció en el Lowell Institute de Boston, en noviembre y diciembre de 1906, y en enero de 1907 en la Columbia University, de Nueva York y que reunidas posteriormente dieron lugar a un libro clásico sobre el pragmatismo<sup>1</sup>. Su sexta conferencia se refiere específicamente al tema de la verdad, aun cuando realmente todas apuntan al problema.

El término pragmatismo viene de la palabra griega “pragma”, que significa “acción”. Algunas palabras usuales de nuestro lenguaje se derivan de ella, como “práctica”, “práctico”, etc. ¿Cuál es el sentido filosófico que tiene, sin embargo, esta expresión? Se refiere fundamentalmente a que el significado que pudiera tener un pensamiento sólo puede entenderse en relación con la práctica. Un significado que no conlleve efectos prácticos carece de sentido. Se observa en lo anterior la propensión del pragmatismo para adherirse a los hechos concretos y evitar por lo tanto la especulación abstracta. Este es el aspecto que más se ha difundido de esta filosofía identificándole incluso con el ideal individual y colectivo del pueblo norteamericano para quien —a ojos del resto del mundo y muy especialmente para el latinoamericano— el valor supremo del hombre es la acción dirigida a los hechos empíricos. No obstante, el pragmatismo también intenta ser un método filosófico, pero un método que descarta las lucubraciones a las que se empecina la filosofía porque precisamente deja de lado el carácter empírico de la realidad. W. James indica en este aspecto que el pragmatismo cumple una función de orientación para la filosofía, en tanto la puede apartar de todas aquellas tendencias que sólo enredaron a los filósofos antes que iluminarlos, como los dogmas, principios, etc. Por eso, James señala —en abono de su tesis— que la historia

<sup>1</sup>Pragmatism, London, Longman, Green and Co. 1907.



de la filosofía en general ha sido sólo un choque de temperamentos humanos. El filósofo se abandona así a su individual temperamento prescindiendo de los hechos. Los distintos temperamentos dan lugar en filosofía a dos contrastes expresados en el histórico par de opuestos “racionalistas” y “empiristas”, representado el primero por aquel devoto de los principios eternos y abstractos; y el segundo, el amante de los hechos en su variedad más cruda. James sostiene que ambas direcciones filosóficas son extremas y lo que es peor, no satisfacen las aspiraciones religiosas y científicas del hombre del siglo veinte. Después de analizar detalladamente los errores y limitaciones del racionalismo y empirismo llega a la conclusión —un poco ligera para nuestro gusto— que el pragmatismo sería la solución mejor para mediar entre estos dos límites. Por una parte su doctrina satisface las aspiraciones religiosas que ofrece el racionalismo; por otra, conserva el más íntimo contacto con los hechos como reclama el hombre de ciencia afincado en la experiencia. Siendo James un sicólogo acentúa su dicotomía basado en la clasificación de temperamentos. Son éstos justamente, con sus apasionadas tendencias y oposiciones, los que determinan a los hombres en sus filosofías. A través del trabajo intelectual es posible para el hombre llegar a establecer un sistema filosófico a través de un acto de síntesis, por eso es que un sistema de esta índole pretende ser como un cuadro del gran Universo de Dios.

El pragmatismo se presenta así —por indicación de nuestro autor— como una filosofía que no sólo quiere ejercitar los poderes de abstracción intelectual, sino también que desea que estos mismos poderes sean mantenidos en conexión con este actual mundo de vidas humanas finitas, es decir, combinar las exigencias de lealtad científica hacia los hechos, la disposición a exigir cuenta de ellos por un lado, y por otro la antigua confianza en los valores humanos y en la espontaneidad que de ellos resulta. Tratando de acercar los límites del racionalismo y empirismo James capta, tal vez mejor que nadie, la tragedia de la filosofía frente al avance y triunfos singulares que había alcanzado la ciencia desde fines del siglo XVIII. Ninguna mente clara de su época podría dejar de pensar en el dilema que se abría entre este espíritu científico que amenazaba terminar con ese otro espíritu religioso que tanto había dado en la consolidación de la nacionalidad norteamericana y en su espontaneidad re-

ligiosa tan acendrada. Ni lo uno ni lo otro. El pragmatismo se abre hacia ambos lados. Algunas veces aparece como un empirismo radical en tanto se vuelve hacia lo concreto, hacia los hechos, la acción y el poder y desechando los dogmas, los principios inmutables de sistemas cerrados. Pero al mismo tiempo se expresa como un método que no representa necesariamente algún resultado especial. Tiene por objeto unir a la ciencia y a la metafísica. Esta pretensión de James resulta difícil de entender si se considera el estricto papel que tiene cada una de estas disciplinas. Señala que el pragmatismo es un método ante todo para fijar las cuestiones metafísicas que de otra manera serían interminables. ¿Es el mundo uno o vario, determinado o libre, material o espiritual? Estas son nociones que pueden ser o no ser verdaderas respecto del mundo, y disputas sobre tales nociones no tienen fin.

El método pragmático ayuda a tratar de interpretar una noción por las consecuencias prácticas que pueden desprenderse de ellas. ¿Qué diferencia podrá tener para mí que ésta o aquella noción sea verdadera? Si no se puede trazar ninguna diferencia práctica, entonces las alternativas y la discusión son ociosas. El método pragmático pretende ser más un programa para un trabajo ulterior que una solución definitiva. Por eso es que James reprocha el método sugerido hasta aquí por la metafísica tradicional la que se ha apoyado en una solución verbalista y nominalista para indagar en los problemas del Universo. La metafísica quiere resultados, el pragmatismo quiere ser un instrumento, no tiene dogmas ni doctrinas, excepto su método, por eso es que se presenta como una especie de corredor en un hotel (según la metáfora de Papini) donde todos los residentes deben transitar en común para entrar y salir de sus respectivas habitaciones. Es en este sentido como el método pragmático demuestra su calidad orientadora y ofrece una actitud no sólo al filósofo sino también al hombre corriente.

El pragmatismo se presenta, además de constituir un método, como una teoría genética de lo que se entiende por verdad. El pragmatista depende de los hechos y de lo concreto, observa la verdad tal como se da en los casos particulares, y generaliza. La verdad, para él, se convierte en un nombre para clasificar todas las clases de valores definidos que actúan en la experiencia. Para el racionalista permanece como una pura abstracción cuyo



nombre debe bastarnos. James critica duramente la posición racionalista. Ya en su tiempo se habían levantado ácidas críticas a las teorías de Schiller y Dewey en este problema. La crítica se centraba en que el pragmatismo al parecer “negaba” la verdad, lo que James refuta, puesto que en realidad lo que ellos quieren es expresar claramente por qué las personas siguen y deben seguir siempre la verdad. Se queja James de que la filosofía tradicional, especialmente los idealistas, desconfían de todo aquello que huelga o se relacione con los hechos reales, mirando por ello con recelo todo lo que el pragmatismo propugna. Sin embargo, aun cuando éste tenga predilección por los hechos carece de una base tan materialista como el empirismo común. Su centro está —como lo hemos dicho— en un punto justo y equidistante entre racionalismo y empirismo. No objeta las abstracciones en tanto es posible desenvolverse con ellas entre los hechos particulares. Por eso que el pragmatismo señala no tener prejuicios a priori contra la teología. James deja sentado con claridad su posición frente a este problema por la proyección que podía tener en el pueblo norteamericano. Si las ideas teológicas prueban tener valor para la vida, serán verdaderas para el pragmatismo en la medida en que lo consigan. Su verdad dependerá enteramente de sus relaciones con las otras verdades que también han de ser conocidas. La función concreta en la creencia de un absoluto tiene valor en la medida que ofrece consuelo al creyente. Se desprende de lo anterior algo que el propio James plantea como difícil de entender para la ortodoxia filosófica: que una idea es “verdadera” en tanto que creerla es beneficioso para nuestras vidas. Su argumento es que la verdad es el nombre de cuanto en sí mismo demuestra ser bueno como creencia y bueno también por razones evidentes y definidas. Con su peculiar manera de ejemplarizar, dice James que así como ciertos alimentos no sólo son agradables a nuestro paladar, sino también buenos para nuestros dientes, tejidos, etc., de igual manera determinadas ideas son no sólo agradables para ser pensadas, o agradables por servir de fundamento a otras a las que somos aficionados, sino que también sirven de ayuda en los menesteres de la vida práctica. Si hubiera otra vida realmente mejor que ésta y si existiera alguna idea que si la admitiéramos nos ayudara para mejor orientarnos en la vida, entonces sería realmente mejor para nosotros creer en tal idea, a menos, indudablemente, que la cre-

encia en ella entrara en conflicto incidentalmente con otras ventajas vitales mayores.

En la vida real las creencias particulares que tenemos se hallan expuestas a chocar con los beneficios de otras creencias que poseemos, es decir, el enemigo mayor de cualquiera de nuestras verdades puede ser el resto de nuestras propias verdades. Siempre se plantea entre ellas un deseo instintivo por autoconservarse y de aniquilar a lo que las contradice.

El racionalismo se aferra a lo lógico, el empirismo a los sentidos externos. El pragmatismo, a mayor abundamiento, se halla dispuesto a ambas cosas, a seguir lo lógico a los sentidos y a tener en cuenta la más humilde y la mayor parte de las experiencias personales. Tendrá en cuenta las experiencias místicas si poseen consecuencias prácticas, admitirá a un Dios que habite en los hechos particulares mismos, si estima un lugar verosímil para encontrarlo. Su único criterio de la verdad probable es que será mejor para orientarnos, que se adecúa mejor a la vida y se combina con el conjunto de las demandas de la experiencia.

La verdad ha sido considerada tradicionalmente en filosofía como la adecuación de nuestras ideas con la realidad, del mismo modo, la falsedad consistirá en la inadecuación con ella. El pragmatismo, en general, acepta esta definición, empero discute el significado de los términos “adecuación” y “realidad” que entran en ella.

El pragmatismo sostiene que hay ideas que no pueden reproducir en nuestra mente al objeto que debieran representar (como la idea de “andar” de un reloj) ¿es posible en estos casos hablar de una “adecuación” sensu estricto? Si dejamos de lado la explicación que nos pueda dar alguna interesada filosofía de que la verdad de mis ideas se basan en un Dios que así lo quiere, la discusión del asunto se torna problemática.

¿Qué consecuencia concreta se deduce para la vida de una persona si se admite como cierta una idea? —se preguntará el pragmatista— es decir, ¿cuál es, en términos de experiencia, el valor efectivo de la verdad?

La respuesta a tal interrogante queda resumida en el siguiente axioma: “ideas verdaderas son las que podemos asumir-las, hacer válidas, corroborar y verificar; ideas falsas son aquellas con las que no podemos hacer esto”.



La verdad —dirá James— “acontece” a una idea. “Llega a ser” cierta, “se hace” cierta por los acontecimientos. Su verdad “es” un proceso, *el proceso de verificarse*. Su validez, por lo tanto, es el proceso de *validación*. Los términos “verificación” y “validación” significan desde el punto de vista pragmático las determinadas consecuencias prácticas de la idea que se verifica y/o valida. Ahora bien, estas consecuencias prácticas quedan claramente expresadas en el concepto de “adecuación”; son estas consecuencias lo que tenemos en la mente cuando decimos que nuestras ideas concuerdan con la realidad.

El hombre vive en un mundo de realidades las cuales pueden serles útiles o perjudiciales. Le es importante para su existencia poseer creencias verdaderas. La posesión de verdades constituye un medio preliminar para alcanzar otras satisfacciones vitales, no es la verdad un fin en sí mismo, apunta James. El valor práctico de las ideas verdaderas se deriva primariamente de la importancia práctica de sus objetos para nosotros. Si me pierdo en un bosque y hambriento, encuentro una senda de ganado, será importante para mí que piense que al final de ese sendero se encuentra un lugar donde hay seres humanos. Si pienso de esta manera y sigo el sendero, salvaré mi vida. El pensamiento verdadero, en este caso, es útil, porque la casa con seres humanos, que es su objeto, es útil.

Los objetos no siempre son importantes en todo momento. Debido a que todo objeto puede algún día llegar a tener importancia para mí, es evidente que es conveniente poseer una reserva general de verdades “extras”, que serán verdaderas en situaciones posibles. James sostendrá de aquí que una idea “es útil porque es verdadera” o que “es verdadera porque es útil”. “Verdadera” es el nombre para la idea que inicia el proceso de verificación; “útil” es el calificativo de su completa función en la experiencia.

Ya Enrique Molina<sup>1</sup> refuta acremente a James este propósito de identificar lo verdadero con lo útil. De ser así, “estas afirmaciones pragmatistas nos precipitan en una confusión de conceptos donde los términos se barajan unos con otros y no es fácil entenderse sobre su significado”. Si decimos que lo útil es verdadero y sabemos que la mentira es a menudo útil, llegare-

<sup>1</sup>“Filosofía Americana”. Casa Editorial Garnier Hermanos, París, pág. 191, 1913.

mos a la conclusión peregrina de que la mentira es verdadera. “A la inversa, si lo verdadero es útil y sabemos cuántas innumerables desgracias hay verdaderas, seremos conducidos a sostener que las desgracias son útiles”.

El pragmatismo obtiene su noción general de la verdad como algo esencialmente ligado con el modo en el que un momento de nuestra experiencia puede conducirnos hacia otros momentos a los cuales vale la pena ser conducidos. En la experiencia vivida cuando tenemos la inspiración de un pensamiento que es verdadero esto significa que en cualquier momento nos encontraremos de nuevo con los hechos particulares, estableciendo con ellos ventajosas conexiones para nuestra experiencia. El advenimiento de un objeto o realidad no es más que la verificación del significado de la idea o pensamiento. Si seguimos el sendero del ganado nos toparemos finalmente con la casa, obteniendo con ello la verificación de mi pensamiento. Estas verificaciones son importantísimas para el proceso de la verdad dentro del pragmatismo. Son el arquetipo de la verdad, de ahí el tratamiento que James da a esta noción.

Si las verdades exigen esencialmente un proceso de verificación ¿significa acaso que tal verificación se aceptará en tanto pueda ejecutarse inmediatamente al requerimiento? James señala que no. De ahí su distinción en verificación directa e indirecta. En el primer caso no hay problema. El segundo puede ser problemático, pero nuestro autor echa mano al crédito para dar su aceptación. Cumplen el mismo papel simbólico que un cheque bancario que “pasa” en tanto nadie lo rehúse o ponga a prueba. Los procesos que se verifican indirectamente —dirá la regla pragmática— pueden ser tan verdaderos como los procesos plenamente verificados.

Dijimos que la verdad suele ser entendida en general como la adecuación correcta entre nuestras ideas y la realidad, pero la realidad es problemática, puesto que se da en diferentes niveles o clases de objetos. Pero incluso el concepto de adecuación puede tener connotaciones distintas. El pragmatismo entenderá “adecuar” una idea con una realidad la dirección o conducción que se experimenta hacia esa realidad o sus alrededores con el propósito claro y evidente de manejarla a ella o a algo relacionado con ella. Lo esencial que apunta esta consideración es el proceso de ser conducido hacia la realidad.



Pero existe una gran cantidad de ideas verdaderas que no admiten una confrontación con la realidad, por ejemplo, las históricas. La adecuación, en estos casos, pasa a constituirse en una cuestión de orientación en tanto requieren el lenguaje y los conceptos que le son inherentes. Es necesario remontarse en el tiempo a través de la palabra o verificar las ideas en forma indirecta por las prolongaciones presentes o efectos de lo que albergaba el pasado. Como se puede observar, la expresión adecuación es tratada con un criterio enteramente práctico.

La verdad es, según propia confesión del pragmatismo, un nombre colectivo (por eso que su interpretación de la verdad es plural, de verdades) para los procesos de verificación, igual que la salud, la riqueza, la fuerza, etc. son nombres colectivos que agrupan otros procesos. La verdad "se hace" lo mismo que se hacen la salud, la riqueza, en el curso de la experiencia. De ahí que se rechaza la Verdad con mayúscula y con existencia independiente y absoluta como quiere el racionalista. Lo "absolutamente" verdadero vendría a ser sólo ese punto ideal hacia el que nos imaginamos que convergerán algún día todas nuestras verdades temporales. Equivale al hombre perfectamente sabio y a la experiencia absolutamente completa; es un ideal que algún día puede realizarse, pero en el presente sólo podemos vivir con arreglo a la verdad que podemos obtener hoy y estar dispuesto a llamarla falsedad mañana. Como todas las verdades a medias, la verdad absoluta tendrá también que "hacerse".

En el reino de los procesos de la verdad, los hechos se dan independientemente y determinan provisionalmente a nuestras creencias. Pero estas creencias nos hacen actuar y con ello originan nuevos hechos que a su vez determinan nuevas creencias. De ahí que podemos decir con el pragmatismo que las verdades emergen de los hechos, pero vuelven a sumirse en ellos de nuevo y los aumentan; esos hechos, otra vez, revelan una nueva verdad. Los hechos mismos, mientras tanto, no son "verdaderos", "son" simplemente. La verdad es la función de las creencias que comienzan y acaban entre ellos.

Frente a la pretensión de que el pragmatismo niega la existencia de la verdad, James señala la analogía histórica de la posición de Berkeley a quien se le adjudicó la negación de la materia con su doctrina y lo expresado por él, Schiller y Dewey con lo cual rechaza el cargo que fue común en su época.

La contribución de James al pragmatismo con su concepto de la verdad es lo más original de su pensamiento. En general, podemos concluir que ayudó a sistematizar la doctrina norteamericana y le dio una difusión que conectó históricamente su nombre a ella.